

Dean:
 Cuando Termine
 la lectura, dejame razón
 en la Universidad Interamericana
 de Bayamón: 780-4040-x55,
 Espero...

He dejado mi barca

Edgardo Jusino Campos

ACTO PRIMERO:

Cuarto para pasar la noche. Dos camas de plataforma de una plaza colocadas al fondo extremo del escenario. A los lados de ambas camas hay sendas lamparitas con una luz tenue. A la izquierda (del espectador durante toda la obra) hay un lavabo con un vaso y un espejo, una percha de colgar gabanes o cualquier ropa casual que se quite alguno de los actores. Se ven en ella algunos ganchos de ropa vacíos. En el centro, extremo frontal, hay una mesa de comedor con sólo dos sillas. A la derecha, en el extremo fondo, bastante visible, está la única puerta de entrada y salida a la habitación. La iluminación nunca llega a ser muy intensa. En general el lugar irradia un aspecto modesto de pensión ocasional, donde los personajes sienten que no hay posibilidad de arraigo. Entra el Padre, está cerca de los cincuenta años, si es que no ha llegado. Viene vestido con su sotana exhibiendo más abajo del pecho un gran crucifijo. Lleva un pequeño maletín que coloca cerca de la cama de la izquierda, como si entendiera que ese es el lugar que le corresponde a la hora de dormir.

2-ways-06
 20/11/11

- Padre : (Cuando cierra la puerta tras él, comienza a cantar.) "En la arena he dejado mi barca. Junto a El, buscaré otro mar". (Continúa el himno, mientras, se lava las manos, se mira en el espejo y se echa un poco de agua en la cara. Examina su dentadura con una mueca. Da unos pasos hacia la mesa, siempre cantando. Se detiene en el centro alizando sus cabellos con las manos. Luego intenta, inútilmente, esconder un poco su barriga. Se quita el crucifijo y lo cuelga en la percha. Cuando comienza desabrocharse la sotana, tocan a la puerta. Va hasta ella y abre.)
- Reverendo : (Apareciendo en el umbral de la puerta con un deteriorado maletín de empresario.) ¡Buenas, noches! (Por un momento ambos quedan asombrados con la presencia del otro.)
- Padre : ¡Buenas noches! (Pausa.) Ya sé, voy a dejar de cantar enseguida.
- Reverendo : ¿De cantar? (Hay un momento de turbación.)
- Padre : Es decir, ya me iba a acostar. (Se dispone a cerrar la puerta.) ¡Buenas noches!
- Reverendo : (Apresurado detiene la puerta con la mano.) Un momento, se supone que yo pase la noche aquí.
- Padre : ¿Aquí?
- Reverendo : Por supuesto. (Saca su recibo del bolsillo del gabán y lo muestra.)
- Padre : (Lee.) Habitación número cuatro. Es aquí. (Retrocede y abre la puerta cediendo la entrada.) Disculpe, creí que se trataba de un vecino que venía a llamarme la atención por estar cantando. No sabía que estas habitaciones se alquilaran a más de una persona a la vez.
- Reverendo : Pues así es.
- Padre : Notando la enorme Biblia que lleva el Reverendo cuando ambos ya están en medio del escenario. ¿Es usted un religioso? (Los movimientos de ambos son lentos se supone que no salen enseguida del estupor.)

08277

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
 JOSE EMILIO GONZALEZ
 FACULTAD DE HUMANIDADES
 UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
 RECINTO DE RIO PIEDRAS

2.7
 MMSM

- Reverendo : Sí señor. Ministro de nuestro Señor Jesucristo y evangelista de su santa palabra. (Bajo las luces, se le nota vestido con una rara combinación de gabán, corbata, pañuelo y zapatos, donde hay un sorteo ajeno a la moda. Resaltan, en él los colores verde, amarillo-canario, mostaza y marrón. El ajuste del traje le molesta y la poca costumbre le obliga a estar acomodándose la corbata de vez en cuando al igual que evidencia la sensación pegajosa del cuello de la camisa.)
- Padre : (Un tanto desconcertado.) ¡Ya ve usted! ¡Qué pequeño es el mundo? (Pausa.) No deja uno de asombrarse. ¿No cree, Reverendo? ¿Reverendo debo llamarlo, no es así?
- Reverendo : Por una noche es suficiente. Estoy acostumbrado a que me llamen hermano. (Coloca su maletín cerca de la segunda cama y también la gran Biblia que trae. Se quita la chaqueta y la pone en ese mismo lugar. Despojado de estos objetos se ve mucho más lánguido, a pesar de que su figura es mediana. Su piel cobriza adquiere un tono violáceo bajo las luces.) Jamás he dormido en una habitación con un extraño, pero usted se ve inofensivo. Me quedaré aquí, con tal de que no consumamos nuestro tiempo de reposo en discutir asuntos bíblicos.
- Padre : (Evadiendo el comentario final.) A mí tampoco me explicaron que dormiría aquí alguna otra persona.
- Reverendo : En esta pensión las cosas son distintas, alguna vez me tenía que pasar. Pero sí me habían dicho que los fines de semana era así. (Pausa.) ¿Es la primera vez que usted pasa la noche en esta casa de huéspedes?
- Padre : Guest house, le dicen ahora.
- Reverendo : ¿Y no se había enterado de que el dueño puede alquilarla a más de una persona según van pasando las horas de la noche?
- Padre : Cuando fui a alquilar el cuarto ya estaba picado. ¿Quiere decir que se emborracha poco a poco y termina cobrando por las mismas habitaciones a cuanta persona aparezca?
- Reverendo : Peor aún, me temo que corremos el riesgo de que venga alguien más a tocar a la puerta según transcurren las horas de la noche.
- Padre : ¡Y yo que entré tan contento porque me creía que éste sería mi nidito cálido para dormir en paz! En realidad estoy aquí ayudándole a los párrocos de este lugar con la organización de una verbena. Quisieron alojarme, pero yo por no molestar, les dije que me iría esta misma noche. La verdad, Reverendo, entre usted y yo, es que me da miedo guiar solo de noche.
- Reverendo : Pues no se vaya a creer que aquí estamos protegidos de todos los peligros. Probablemente aparezcan vecinos fornicarios y delincuentes de todo tipo. Para ese lado (señala la pared de la izquierda) donde usted ha escogido su dormitorio, se oye una parejita que hace vibrar esas paredes cuando se mete a la cama.
- Padre : ¡Válgame! (Después de reflexionar un poco.) De todas formas, será por una noche. Nuestro Señor Jesucristo tuvo que frecuentar publicanos y pecadores.
- Reverendo : Así es hermano. Y prefirió estar entre ellos en vez de elegir a los piadosos. No obstante, ya le dije que no cambiáramos nuestro sueño por debates bíblicos.
- Padre : No estamos debatiendo. Son cosas que me vienen a la mente. Durante toda mi vida he llevado las escrituras muy presentes. Por otro lado, ¿Cómo podrían pasar la noche juntos dos personas que sirven al Señor, si no es hablando de Él?
- Reverendo : (Recostándose en la cama.) Durmiendo. (Se sienta inmediatamente de un salto.) ¡Un momento! nada de "pasar la noche juntos", usted allá y yo acá.

- Padre : (Se eriza como los gatos a causa de la insinuación.) Le voy a decir una cosa, "Reverendo", si quiere comenzar a entenderme, le voy a ayudar diciéndole que me trate como a un hombre listo. Suelo ser muy despierto.
- Reverendo : "Señor cura", no tengo que preocuparme por eso, sólo vine aquí a pasar la noche, ¿entiende? Y espero que cuando me duerma usted deje de ser tan despierto.
- Padre : ¡Qué extraña su respuesta! (Da unos pasos y se vuelve con mirada de burla.)
- Reverendo : ¿Por qué?
- Padre : Cref que todos los ministros eran de esos de avivamiento que se pasan retando a la iglesia católica por la radio.
- Reverendo : (Fastidiado por un debate que no desea iniciar.) Mire, vamos a hacer una cosa, ¿quiere?, usted se duerme y yo me duermo y ya.
- Padre : Se lo decía porque nunca había visto de cerca a un ministro. Ni siquiera había tenido un simple cruce de palabras con uno de ustedes. Me parece que son algo así como unos virtuosos de la confusión. Unos tautólogos que todo lo entretujan mal con esto y con aquello. Tengo preguntas muy serias que hacerle. Por ejemplo, ¿cómo se debaten con el ministerio y a la vez con el matrimonio?
- Reverendo : Mire Padre, estoy muy cansado. ¿Usted no se cansa? ¿Por qué no se acuesta? La noche ha sido dura, he tenido que trabajar arduamente. Y por si no lo sabía los ministros sí trabajamos por el Señor.
- Padre : (Haciéndose el desentendido.) ¡Eso es! Matrimonio y ministerio. El apóstol San Pablo nunca se casó...
- Reverendo : Pero ustedes los curas no son iguales que el apóstol Pablo. (Comenzando a acalorarse.) Entre ustedes hay una larga tradición de ladrones de ofrenda, mujeriegos y homosexuales.
- Padre : (Con sonrisa de triunfo.) Ya sabía yo que Satanás no tardaba en responder.
- Reverendo : Entre ustedes es que está Satanás. Si vamos a ver, empecemos por la caridad. Le he dicho como siete veces que quiero dormir. He tenido una noche de campaña muy dura, para culminar ahora acompañado de un sacerdote.
- Padre : Tres nada más.
- Reverendo : Así que las cuenta.
- Padre : Sí señor.
- Reverendo : Supongo que me dejará dormir cuando vayamos por la número trece.
- Padre : Quizás. ¿No cree que éste puede ser un encuentro providencial?
- Reverendo : Parece muy insistente.
- Padre : Lo soy. Figúrese usted, que la primera vez que leí toda la Biblia, lo hice buscando el pasaje en el cual ustedes se basan para prohibir la bebida a la gente. Y todo lo que encontré fue lo contrario. Todo los profetas del Antiguo Testamento bebían vino. Hasta que finalmente encontré en la Primera Epístola a Timoteo, 5:23, que el apóstol San Pablo le recomienda un poco de vino para las enfermedades del estómago.

- Reverendo : Ya habfa ofdo por parte de los curas esa clase de enredos. ¡Bonita manera de interpretar las escrituras! (Pausa, dogmático.) La palabra es buena interpretada para el bien. Usted detuvo su lectura enseguida que encontró lo que quería para justificarse. Un poquito más adelante, en la Segunda Epístola a Timoteo, 3:16 y 17 dice: "Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redarguir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra".
- Padre : ¿Realmente se sabe usted las escrituras de ese modo? Si yo busco esa cita, ¿leerá exactamente así?
- Reverendo : Por supuesto. No acostumbro a jugar con las escrituras y menos a citar cosas que nos son.
- Padre : Debió costarle muchos años de memorización.
- Reverendo : Sirvo al Señor hace ventidós años. Pero las Escrituras las aprendí enseguida por el poder y la gracia del Espíritu Santo.
- Padre : (Burlándose.) ¿De modo que se considera usted ungido por el Señor, que profetiza, habla en lenguas y realiza curaciones...?
- Reverendo : Usted lo ha dicho.
- Padre : (Sonriendo.) Pues permítame aprovechar, porque tengo un callito en este pie...
- Reverendo : (En voz alta.) ¡Con las cosas del Señor no se bromea! Yo soy un instrumento del Espíritu Santo y El es quien todo lo puede. Ya logré provocarme lo suficiente.
- Padre : Vec, veo, veo. Me dio la impresión de que quien podía era usted. (Pausa.) ¿Tiene familia, Reverendo?
- Reverendo : ¡Claro que sí! (Mira al Padre de arriba-abajo.) El celibato es antinatural. (Pausa.) Tengo dos hijas en la universidad y un hijo terminando la escuela secundaria.
- Padre : Todo con sus propios fondos.
- Reverendo : Por supuesto. Y antes de que lo diga o lo insinúe, nunca me impidieron servirle al Señor.
- Padre : (Irónicamente.) Y su esposa, ¿nunca se lo impidió?
- Reverendo : (Después de un instante.) Bueno... eso es otra cosa, siempre hay su... desacuerdo en algo, ¿no le parece?
- Padre : Ya lo creo. En el mundo moderno las cosas varían un poco.
- Reverendo : Pero las verdades de la Biblia son eternas.
- Padre : (Suspira nostálgico.) No lo dudo, pero creo que deben ser ajustadas a cada realidad.
- Reverendo : El que vive sin pecado crea una realidad exenta de pecado. Primero está el verbo y después todas las demás cosas. Es decir, la realidad adaptada a eso.
- Padre : ¿Tiene fotos de su familia con usted?
- Reverendo : ¡Como no! (Va a buscar el maletín, lo abre sobre la mesa. El padre permanece a cierta distancia.) Se las mostraré. (Pausa, mientras rebusca en el maletín.) Caramba, juraría que estaban en el bolsillo interior del maletín. Deje ver si están aquí. (Camina hacia la cama y busca en la chaqueta y en la Biblia. No encuentra las fotos. El Padre se ha ido acercando al maletín con una curiosidad extrema despertada por un objeto brillante. El Reverendo se vuelve hacia él.)
- Padre : (Removiendo una pandereta del maletín, saca un revólver y lo muestra con la punta de los dedos.) ¡Jesús Reverendo, buena pieza lleva encima!

- Reverendo : (Va hacia él muy nervioso.) Déme acá. Usted no sabe. Se lo quité esta noche a una persona que se proponía cometer una locura. (Coloca el arma en el maletín, lo cierra y lo lleva nuevamente al lado de la cama. La pandereta permanece sobre la mesa.)
- Padre : (Lo mira con desconfianza.) Disculpe, sé lo que es salvar al prójimo de las uñas de Satanás, pero no estaría mal averiguar qué otra cosa trae ahí.
- Reverendo : (Muy desconcertado). ¡Oh!, no señor, no traigo nada más. Mañana voy a devolver el arma al hermano del dueño. Así me lo pidió él. Llamaré por teléfono para que la vengán a recoger. Usted sabe, es de un hombre relativamente joven. Su esposa se le fue con los niños sin rumbo definido. Esta noche oré por él y me entregó el arma.
- Padre : ¿Su oración lo conmovió y vino a entregar el arma a usted públicamente...?
- Reverendo : La verdad es que me la entregó en privado y nadie sabe que la tengo, excepto usted.
- Padre : Me da curiosidad de que haya alguna otra cosilla interesante en ese maletín.
- Reverendo : (Colocándose aún más cerca del maletín.) Pues no la hay. Y si la hubiera no veo por qué mostrársela. Usted sabe que los ministros del Señor no creemos en confesarle nuestros pecados a otro hombre.
- Padre : Pues ya que le gusta tanto citar, debo decirle que en Santiago, 5:16, dice: "Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad por otros para que seáis sanados". Para poder expiar nuestras culpas enseguida, es preciso confesar sin demora.
- Reverendo : En su momento hablaré directamente con Dios, si es que tengo algo que decirle sobre mis culpas.
- Padre : (Mirando el maletín.) Pues entonces, eso quiere decir que sí hay "alguito" escondido ahí.
- Reverendo : (Poniéndose más serio que antes.) Espero que no se atreva a sondear mis asuntos personales y apostólicos mucho más de lo que lo ha hecho.
- Padre : (Transición.) Pues hágalo usted conmigo, Reverendo. Le doy permiso. (El Reverendo no muestra interés.) Comencé mi oficio de sacerdote en una pequeña población al sur de Puerto Rico que se llama Bram del Mar. Estuve allí siete años. Eran unos días de gran devoción. Figúrese usted que ligué cemento junto con los feligreses hasta que construimos una capilla. Es imposible olvidar a la gente de Bram del Mar.
- Reverendo : El resto ya me lo sé: después que construyó la parroquia entera y organizó los feligreses con mucho esfuerzo, lo trasladaron a otro sitio para que empezara de nuevo a fundar otra. Así que tuvo que ligar cemento de nuevo y a lo mejor todavía sigue ligando. La orden vino de Roma con escala en San Juan.
- Padre : No. (Remonta su memoria por encima del tiempo.) Hubo cierto asunto. Un problema digno de guardar en ese maletín junto al suyo y enterrarlo ahí para no hablar más nunca de él. Por ese asunto me fui de Bram del Mar. (Silencio espacioso.) Pero la misericordia del Señor todo lo perdona...
- Reverendo : Si es que uno se arrepiente del todo, Padre. De lo contrario, hay que atenerse a la inminencia del castigo. Lo que uno espere que sobrevenga a cambio de lo que ha hecho, es prueba del arrepentimiento. ¿Qué espera usted?
- Padre : Castigo. (Mira fijamente al Reverendo.) No es que esté arrepentido, es que fue demasiado grave para haber obtenido el perdón tan pronto.

Reverendo : ¿Cuánto tiempo hace?

Padre : Diecisiete años.

Reverendo : (Afectando molestia pero en realidad es un dejo de misericordia.) ¿Y le parece poco? Usted dice cada tontería. ¿Dónde están su fe y sus creencias. En Segunda de Corintios, 5:17 dice: "De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es, las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas".

Padre : Yo mismo le digo eso a la gente, pero cuando se trata de aplicármelo, se me hace extremadamente difícil. Tengo la costumbre de excluirme siempre de todo perdón. De la misma manera en que no puedo ubicarme correctamente en el espacio.

Reverendo : Lo del espacio no me interesa, Padre, lo del perdón sí.

Padre : Pues a mí me interesa. Cuando estoy en el norte de Puerto Rico, me sé en el norte. Cuando estoy en el sur, me sé y me siento en el sur.

Reverendo : (No entiende nada.) Mire Padre, le sugiero que guarde sus lecciones de física espacial para cuando se siente a la sombra del Arbol de la Ciencia a medir sus pecados.

Padre : Sí, pero ahora no quiero que se vaya a creer que puede cambiarme a su religión o a tratar de practicar su apostolado conmigo basándose en la confianza que le he hecho. Yo soy católico.

Reverendo : ¿Idólatra, quiere decir? ¿De esa gente que se arrodilla frente a las estatuas de piedra y las saca a pasear una vez al año? ¿Devoto de la Virgen María y de los santos, que no son Dios mismo? Que tienen una jerarquía desde el cura más infeliz hasta el emperador, que desde Roma lo pone a ligar cemento.

Padre : Eso no lo discutiré con usted.

Reverendo : ¿Cómo que no lo discutiré conmigo! Desde que llegué aquí estoy tratando de hacerle ver que estoy cansado y quiero dormir. Y usted no me deja. Para venir ahora con que no quiere discutir conmigo.

Padre : Pues ya está, ahora voy a discutir. ¿Usted es de esa gente que se pasa por la calle dando alaridos con un micrófono y gritando ¡Aleluya!, sin sentido, ¡Aleluya! esto, ¡Aleluya! lo otro. ¿De esos que no dejan dormir y que se meten en la misma casa de las personas a molestar?

Reverendo : (Sube la voz.) ¡Todo eso lo hacemos por fe!

Padre : (También sube la voz.) ¡Y por las ofrendas!

Reverendo : El Señor lo reprenda.

Padre : Y a usted también.

(La puerta fue abriéndose lentamente a medida que la discusión se acaloraba. Sin que se percataran el Padre y el Reverendo, han ido entrando en silencio el Fornicario I y el Fornicario II. Cuando el Padre dice su última línea, el Fornicario I tira la puerta violentamente. Todos permanecen unos segundos estáticos y asombrados. La discusión se detiene del susto. El suspenso es más evidente en el Padre y el Reverendo. El Fornicario I lleva un traje negro y una combinación de pañuelo y corbata color vino. Ambas piezas un poco desaliñadas debido al ajetreo de la noche. El Fornicario I entra con una botella de licor sostenida por el cuello y consumida hasta la mitad. Está fumando y ocasionalmente, lo hará durante toda la obra, lanzando el humo al rostro de los demás irrespetuosamente. El Fornicario II es una mujer muy hermosa de unos treinta y cinco años y mediana estatura. Está vestida con un traje de mangas largas que le cae sobre las rodillas, bastante ajustado a todo el cuerpo. El vestido irradia un brillo plateado, al igual que sus zapatos de taco alto. Su maquillaje y su peinado están muy a la moda y ambos demuestran mucho esmero.)

Siempre sonrfe, pero de vez en cuando lanza unas carcajadas explosivas y destempladas, acompañadas por encogimientos grotescos del cuerpo que deben prolangarse hasta contagiar al público.)

- Fornicario I : (Se va acercando lentamente al Padre y al Reverendo. Los mira con mucha reticencia. Coloca la botella en el centro de la mesa. Habla al Fornicario II.) ¿Y qué hacen estos dos pájaros en nuestra habitación?
- Fornicario II: (Lanzando una carcajada ensordecedora, exagera los gestos). ¿Qué te parece? ¡Como ha cambiado la habitación en tan solo una noche! Me parece que ha bajado mucho de categoría nuestra "selecta recámara". De pensión de vagabundos, a salón de discusión religiosa. (Da una vuelta alrededor del Padre y del Reverendo mirándolos de hito en hito como a dos animales exóticos. Tomando la pandereta que está sobre la mesa). ¡Fíjate, si vienen preparados con toda una orquesta! Definitivamente, o esto es un baile, o es una cita de amor. (El Reverendo extiende su mano para recuperar su instrumento, pero ella da dos pasos hacia atrás alejándose enseguida. Durante las líneas subsiguientes el Reverendo mira ocasionalmente hacia su maletín con evidente preocupación.)
- Padre : (Armándose de un valor que no tiene). ¿Quiénes son ustedes y por qué entraron sin llamar?
- Fornicario II: Pues somosde esa gente que preguntan si se puede pasar cuando ya estamos en la sala.
- Reverendo : (Sin dar tiempo a que añadan algo más, con cierto encono de dignidad ofendida.) Me parece que ellos son ... los fornicarios de la habitación vecina.
- Fornicario II: (Al oír la palabra fornicarios estalla en carcajadas murmurando entre ahogos). ¡Fornicarios... fornicarios! (Al Fornicario I.) ¿Has oído cómo nos llaman y te quedas ahí como una estaca? (Sigue riendo.)
- Padre : Obviamente se han equivocado de cuarto.
- Fornicario I : (Está muy serio y rígido. Al Padre.) Para información de usted, que con ese traje oscuro de fantasma parece que viene de un baile de disfraces y de este otro espécimen, que parece un guacamayo con esa combinación tan colorida y pintoresca, tengo aquí el boleto de este cuarto. (Lo muestra.) Así que fuera, los dos. ¡Ahora mismo! (mirando al Reverendo.) Aquí no quiero anuncios de pinturas Glidden.
- Padre : Un momento, yo también pagué por este cuarto. Mire. (Cada cual muestra su recibo.)
- Fornicario I : (Habla al Fornicario II mientras camina cansado y se derrumba en la cama del Reverendo. Encuentra allí la chaqueta y la tira como basura encima de la mesa. El Reverendo se apresura y la coloca sobre la silla.) Esto era lo que me faltaba, después de haber perdido todo mi sueldo en el casino. Mira, yo no sé cómo lo vas a hacer, pero ocúpate de este problema, porque en lo que a mí concierne, yo los cojo a los dos por el pescuezo, les doy una patada por el culo a cada uno y los tiro a la calle.
- Fornicario II: (Sigue con la pandereta en la mano, habla al Padre y al Reverendo.) Calma, señores, calma. ¿De verás que tienen recibos del cuarto? Quiero verlos bien. (Pausa.) Es cierto. (Al Fornicario I.) Cuando entramos el dueño de la pensión estaba tan borracho que siguió dándole el número del cuarto a todo el que venfa.
- Padre : ¿Y qué se puede hacer?
- Fornicario I : (Fuma desde la cama acostado.) Nada. Probablemente todos los demás cuartos estaban llenos. El es borracho, pero no es estúpido. Lo más seguro es que en cada sitio hay un par de personas extrañas. Los asignó así, si uno lo acepta, él sale ganando, si no, a la calle. Así que la borrachera le ayuda para hacerse el estúpido.

- Reverendo : ¡Dios mfo!, ¿y qué vamos a hacer? Es muy tarde para andar de un lugar a otro buscando cuarto. Nos cogería el amanecer y para eso, mejor es no dormir.
- Fornicario II: (Mirando la única cama que queda vacía y riéndose exageradamente). Pues en caso de que le permitamos quedarse, tendrán que acomodarse ahí, los dos. De todas maneras, nosotros íbamos a dormir en una sola cama.
- Padre : (Lleno de estupor.) ¿Cómo?
- Reverendo : De ninguna manera.
- Fornicario II: Pueden echarlo a la suerte. A ver, a ver, adivinen el número que estoy pensando del uno al diez.
- Padre : Esto es absurdo. (Al Reverendo.) No me voy a meter en esa cama con usted por nada del mundo.
- Reverendo : Yo tampoco.
- Fornicario II: (Sonríe todo el tiempo.) ¿Por qué no? Acostaditos aquí y acurrucaditos se deben ver muy monos. (Pausa.) Pueden acostarse con los pies hacia el lado contrario y así no tienen que abrazarse. Eso sí, hay que seguir las reglas de urbanidad, ninguno de los dos se quite los zapatos por consideración al otro.
- Padre : ¿Quién dijo que nos íbamos a abrazar?
- Fornicario II: Uno nunca sabe, Padre.
- Padre : (Indignado). Yo sí sé.
- Reverendo : ¿Está aceptando lo que dice esta hija de Satanás?
- Fornicario I : Además, no pueden quedarse porque nosotros dos tenemos sida y se les va a contagiar si duermen cerca de nuestra cama. (La risa del Fornicario II lo desmiente.)
- Padre : (Al Reverendo.) Pues pensándolo bien si usted se va, yo puedo quedarme.
- Reverendo : No tan rápido, Padre, todavía no he dicho que me voy.
- Padre : Pues, ¿cuál sería la alternativa? ¿Meternos juntos en esa cama y tirar por el suelo aquello que dice la Biblia de no echarse con varón?
- Reverendo : Usted y yo no vamos a tener ningún tipo de contacto en esa cama, ¿me entiende?
- Fornicario II: (Le habla al Fornicario I que fuma tranquilamente en su cama.) Vaya, vaya. ¡Fíjate cómo lo discuten! Tal parece que van acostumbrándose a la idea.
- Fornicario I : Más le vale. Total, si no son maricones, ¿qué miedo tienen de quedarse dormidos uno al lado del otro?
- Reverendo : (Insiste.) Pero es que la cama es de una plaza.
- Fornicario I : ¿Y qué de malo tiene eso?
- Fornicario II: Que éste tiene miedo de que éste otro le levante la bata y este tiene miedo de que este otro le afloje la corbatita esa que lleva puesta. (Acercándose al Reverendo y tomándole la corbata.) Tan chula que se le ve, debe ser marca Gerber.
- Reverendo : (Le saca la corbata de las manos de un tirón.) Bueno, Padre, se ganó la cama por obra del Diablo. Puedo colocar mi gabán en el piso y poner el maletín de almohada. Una noche se pasa como quiera. Después de todo, ando sirviéndole al Señor.
- Fornicario II : No se crea que nos va convenciendo de que está muy limpia la bandeja que usted usa para servirle al Señor.

- Fornicario I : Preferiría que se fuera. Y usted también. No me hace ninguna gracia tener dos animales tan raros al lado mío.
- Fornicario II : ¿Qué importa honey? Cuando nos acurruquemos bien tú y yo, no te vas a dar cuenta de que están ahí. Seguramente se habrán ido cuando despertemos.
- Padre : (Amoscado y tímido) Supongo que esta noche pospondrán ciertas... costumbres, ¿no?
- Fornicario II: ¿Cómo que las vamos a posponer? Para eso pagamos por este cuarto.
- Padre : Pero, señora...
- Fornicario II: ¡Eva!, me llamo Eva.
- Reverendo : (Atónito.) ¿En serio?
- Fornicario II: Por supuesto, y él se llama Adán. (Pausa larga.)
- Reverendo : (Se rasca la cabeza desconcertado.) ¡Cómo son las cosas de Dios! (Pausa.) ¡Meternos a nosotros cuatro en esta habitación esta noche! (Al Padre.) ¿No le parece extraño? Después de todo, usted profetizó que pasaríamos la noche juntos.
- Fornicario II: Juntos sí, pero revueltos no.
- Reverendo : Lo único, que no alcanzó a profetizar la clase de compañía que tendríamos.
- Padre : De modo que usted acepta pasarse una noche con estas dos... víboras sólo porque le parece un plan del Señor, ¿eh?
- Reverendo : Así es.
- Padre : Pues yo me voy. Ahora es usted quien se gana la cama. (Lleva intenciones de coger su maletín.)
- Fornicario II: Quédese Padre, nos vamos a divertir mucho, ¿verdad honey?
- Fornicario I : Que se largue. Y la otra zabadija también.
- Fornicario II: (Va a la cama del Fornicario I, fingiendo estar apasionada, se acuesta con él.) Que se queden para que nos vean haciendo el amor. (Se abraza al Fornicario I, se mueve sensualmente e imita los gemidos de un orgasmo.) Papá querido, dame un abrazo de los tuyos, para que esta gente vea de verdad lo que es el amor, a ver si se les quita esa chochera.
- Fornicario I : (La rechaza malamente.) ¿Qué te pasa? Que yo sepa no bebiste lo suficiente en el casino como para estar tan borracha.
- Fornicario II: (Sin dejar su sonrisa, sale de la cama.) No quiere decir que haya bebido mucho. Hay otras cosas que se pueden consumir. Está bien, está bien, cálmate. Pero acuérdate de que cuando me excito y no termino, me da dolor de cabeza.
- Fornicario I : Y ustedes dos agarren sus porquerías y váyanse de una vez. ¡Vamos! (Hace un sonido con la boca como si estuviera espantando perros.) ¡Vamos, vamos!
- Reverendo : (Tratando de serenar al Fornicario I.) Por mi parte ya me voy. Allá usted si se queda Padre. La Biblia dice, en la Epístola del Apóstol Pablo a los Hebreos, capítulo 13, versículo 4: "Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios".

Fornicario I : ¡Ah! Acabe de pintarse. Quiero dormir.

Fornicario II: Está bien, está bien. Dice que se va ya. No le digas nada más.

Fornicario I : (Al Padre.) Y usted también se va. ¡Vamos! (Se sienta en la cama, una de sus piernas tropieza con el maletín del Reverendo.) ¿De quién es esta porquería?

Reverendo : (Tímidamente y empezando a ponerse la chaqueta.) Mña, señor.

Fornicario I : (Arroja el maletín a los pies del Reverendo.) Pues lléveselo. (El maletín se abre al caer). ¡Un momento! (Pausa larga en suspenso. Se pone de pie lentamente y camina hacia el maletín. Todos están impresionados y se acercan a observar lo que hay en el piso. El Reverendo mira su maletín con terror.) ¿Qué es esto?

Fornicario II: ¡Adán, es una pistola!

Fornicario I : Es un revólver. Pero eso es lo de menos. Se inclina. Además del arma, recoge algo del maletín y vuelve a incorporarse lentamente. Toma el revólver en la mano y lo guarda en su chaqueta. Con la otra, sostiene una bolsita plástica semejante a un saquito de harina blanca. Lo abre cuidadosamente, introduce las puntas de los dedos y lleva un poco del polvo a su lengua. Luego comienza a columpiar el saquito blanco a la altura del rostro y a mirar fijamente al Reverendo. Sonríe por primera vez, enigmático, los demás están lívidos. El Fornicario I vuelve a dibujar una sonrisa.) Pero esto, mi trasnochado profeta, ¿será parte de sus servicios al Señor? (Bajan las luces lentamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

(Todos están exactamente como se quedaron al final del acto primero.)

- Fornicario I : (Con la bolsita columpiando todavía.) ¿De dónde salió esto, Reverendo? Tal parece que ese maletín venía lleno y ésta es la última que le queda.
- Reverendo : (Presa de una enorme turbación). Usted se equivoca señor. Eso le pertenecía a una persona que estaba entre la gente que asistió a la campaña de esta noche...
- Fornicario II: (Riendo.) ¡Qué bien! Se aglomeran en multitudes para vender drogas. Ya sabía yo que la religión era un tremendo negocio.
- Reverendo : Les digo que están confundiendo las cosas. Un hombre que trafica con eso vino donde mí para pedirme una oración. Estaba desesperado. Su esposa se fue de la casa con sus niños porque ya no aguantaba el sobresalto que le daba el negocio de su marido.
- Fornicario I : No siga, Reverendo, me va a hacer llorar.
- Padre : Señores, deben tener un poco de caridad.
- Fornicario I : Usted se calla. Los curas son peores que estos otros. Con tanto embeleco y tanta porquería encima. Mírese, ¿no le da vergüenza andar con esa batola? Por lo menos estos no llevan tantos siglos robando. Vamos a ver Reverendo, ¿de dónde salió esto? ¿Supongo que no creerá que a estas alturas un vividor más ingenuo que yo puede venir a hacerme cuentos de lobos.
- Reverendo : Le dije la verdad.
- Fornicario I : Pues para comenzar (saca el revólver y vuelve a mostrar la bolsita) ambas cosas acaban de cambiar de dueño. (Coloca la bolsita en el bolsillo de su chaqueta pero retiene el revólver en la mano.)
- Fornicario II: Cuando menos debíamos decirnos a cómo vende eso por la calle. Y disculpe que ahora pasemos a hacerle la competencia.
- Reverendo : Puede quedarse con la cosa esa si quiere, pero el revólver está inscrito a nombre de la persona que me lo entregó y tengo la obligación de llevarlo donde un hermano suyo. No es un revólver de la calle, si lo usa tendrá problemas con la policía.
- Fornicario I : Y usted también, Reverendo, y usted también. Esta es un arma de un tirador de heroína, ¡y está inscrita! (Pausa.) Supongamos que usted va donde la policía con el cuento ese del gusanito infeliz que se arrastraba a los pies de su mujer. Situación que no me explico, porque cuando me quité de encima a mi esposa, me sentía feliz porque el peor enemigo mío había desaparecido de mi lado. ¿Pero, quién carajo entiende a la gente, si hay quien dice que los grandes amores no son más que una relación de amor y puños? (Colocando el revólver en la sien del Reverendo habla suavemente. El Reverendo cierra los ojos y se encomienda.) Supongamos eso, que usted va donde la policía. (Pausa.) Pero no lo hará. Se va a quedar aquí esta noche y mañana me va a llevar al sitio donde hay más de esto. No tiene alternativa.
- Padre : (Cruza el escenario rápidamente, suplicante, con mano de seda toca los hombros del Fornicario I.) Señor, espere un momento, este caballero será lo que sea, pero ante los ojos de Dios podría ser su siervo y si usted le hace daño, nuestro Padre que está en los cielos no se lo perdonaría.
- Fornicario I : (Se vuelve hacia el Padre, le coloca la punta del revólver sobre la nariz.) Señor cura, que no se le ocurra volver a ponerme sus pezuñas encima. (Sigue apuntándole a la nariz, pero esta vez, hala el gatillo hacia atrás y lo deja en suspenso.) Como le dije, ustedes son peores que estos. (Da unos pasos y enciende un cigarrillo, pero retiene el revólver

y según va hablando señala a los demás.) Hace muchos años que salí del lugar donde nací y me crié, para venir a San Juan. El sitio se llama Bram del Mar. ¿Sabe usted dónde queda Bram del Mar?

- Padre : (Se extremece y comienza en él un ligero temblor.) No señor, nunca le oí nombrar.
- Reverendo : (Intrigado, habla al Padre.) Yo creí que usted había dicho...
- Padre : (Interrumpe apresurado)... que comencé mi sacerdocio en un lugar pequeño y remoto del sur de la Isla.
- Fornicario I : No creo que haya sido en Bram del Mar. Usted nunca lo olvidaría. A no ser que trate voluntariamente.
- Fornicario II: Es cierto. Nunca lo olvidaría. (Se sienta en una de las camas y cruza la pierna de forma provocativa.) Él habla de eso todo el tiempo y del cura hijo de su madre que se acostaba con su mujer cuando él era muy joven y salía a jugar por la noche. (El Padre se cubre el rostro lentamente, luego quita su mano y observa aterrado.)
- Fornicario I : (Señalando al Reverendo con el revólver.) Por eso digo que son peores que usted. ¿Saben lo que hacía aquel cura? ¡Claro! en aquel momento era relativamente joven. Tenía el pelo largo, una barba y un bigote muy espeso. Pues, miraba a las muchachas bonitas con cierta galantería, con cierto aire de gallo servido por ellas.
- Fornicario II: Quiere decir, que el tipo sabía que estaba bueno. Los hombres también se daban cuenta cuando están bien ricos, en toda su plenitud y muy pretuberantes.
- Fornicario I : (Sin gritar, muy calmado.) ¡Exuberantes!
- Fornicario II: No. Pretuberantes. (Se acerca y con la punta de los dedos, le da un golpe ligero en la entrepierna.) De aquí.
- Fornicario I : ¡Ah! tú estás media loca.
- Fornicario II: Medio loca. Si es cosa de hablar bien, aplícate el cuento. Nunca he visto una media que esté loca.
- Fornicario I : ¿De qué vale hablar contigo si tienes la cabeza rancia y llena nada más que de sexo?
- Fornicario II: Ahora me salvé yo contigo. No llevas más de media hora al lado de estos dos comebiblias y ya estás echo un puritano.
- Fornicario I : Vamos a ver Reverendo, ¿qué ha pensado de lo que le pregunté? Puedo ofrecerle un trago si quiere. (Extiende la botella.) Tenga, es más, lo que ustedes beben: cerveza de Aleluya.
- Fornicario II: Y dale con el Reverendo. ¿No te das cuenta que hace el papel de hombre íntegro? ¿Cómo te atreves a ofrecerle whisky?
- Fornicario I : Hay que insistir Eva, hay que fastidiar. Recuerdo que molesté tanto a los oficiales de probatoria para que me atendieran el caso, que dejar de fastidiar me parecía como romper con una tradición.
- Reverendo : - Ya le contesté que no vendo ni sé nada de drogas. Tampoco consumo alcohol.
- Fornicario I : (Mostrando la bolsita nuevamente.) Sin embargo, esto estaba en su maletín.
- Fornicario II: También tenía esta pandereta y muchos papeles.
- Reverendo : (Ya más dueño de sí.) Soy ministro del Señor y predico el evangelio con mucha devoción. Evangelio, señor, significa buenas nuevas. Buenas nuevas de salvación en Cristo Jesús. Que es lo que le hace falta a usted y a esta... dama.

Fornicario II: Tenga cuidadito con lo que iba a decir. Ya estuve en el evangelio y me salvé.

Reverendo : Peor. El castigo será doble.

Fornicario II: Para complacerlo, le puedo cantar un corito. ¿Dónde dejé la pandereta? Aquí está. (Canta y toca la pandereta.)

"Prepara tu vida con Dios
acércate más para oír
que viene un día
brillante como el fuego
y el que no esté preparado,
no se va con el Señor.
Que viene un día
brillante como el fuego
y el que no esté preparado,
no se va con el Señor.

(Termina tocando la pandereta exageradamente danzando y gritando.) ¡Aleluya! ¡Aleluya!

Reverendo : (Maravillado.) ¿Dónde aprendió eso?

Fornicario II: (Muerta de la risa.) De niña me obligaban a ir a la iglesia todas las noches. Cuando crecí me pareció una comedia hueca y no fui más. (Le tira la pandereta y el Reverendo la atrapa en el aire.)

Fornicario I : Pues a mí no me convence del evangelio ni usted, ni esta otra momia con sotana. ¿Sabe una cosa Padre? Me tiene cara conocida. Casualmente usted me resulta muy familiar.

Padre : Usted a mí, no.

Fornicario I : Soy jugador. ¿No lo habré visto en algún casino?

Padre : Jamás frecuento esos lugares.

Fornicario I : ¿Por qué no? Los casinos son como las iglesias: se le roba mucho a la gente. Ambos son negocios prósperos y... sensacionales. Sobre todo, (mirando al Fornicario II) si uno va a ellos a conocer mujeres guapas.

Padre : Hay una diferencia del cielo al infierno.

Fornicario I : Insisto en que lo he visto. Sólo que le sentarían mejor una barba y un bigote.

Fornicario II: Debió ser atractivo cuando era joven.

Padre : No soy un anciano, señora, tengo cincuenta años.

Fornicario II: Se conserva.

Fornicario I : Mi madre decía que el sacerdote es el vago que menos trabaja y más cobra. Apuesto a que tiene un buen automóvil. Estoy seguro de que ninguno de los dos ha llegado aquí a pie.

Reverendo : Estamos en un mundo moderno. ¿no esperará que las cosas sean como en el Antiguo Testamento? (Pausa.)

Padre : Ni siquiera como en el Nuevo Testamento.

Reverendo : Le suplico que no me señale más con ese revólver, si le puede zafar un tiro.

Fornicario I : (Caminando alrededor del Padre.) Sigo pensando que se vería mejor con una barba y un bigote.

Fornicario II: No le dijiste qué hacía el cura de Bram del Mar.

Fornicario I : De noche se metía por la parte de atrás de mi casa. Me imaginaba que debía haberse desgarrado la sotana varias veces saltando una verja de alambres de púas. (Pausa.) Pero valía

la pena. Adentro lo esperaba la chica más linda que tenía su iglesia. Eso ocurrió hace, (saca los cálculos) diecisiete años. Sí eso es, diecisiete años. Después que la maté cumplí doce años de prisión y cinco llevo libre, diecisiete.

Reverendo : (Mirando al Padre.) ¿Y era muy joven y muy guapo ese sacerdote?

Fornicario I : Cuando eso sucedió estaba por los treinta, pero para las mujeres seguía siendo muy atractivo. Todas se pasaban detrás de él a ver quién lo hacía colgar los hábitos para casarse con una de ellas. (Va hacia el Padre, lo toma por el cuello de la sotana y lo zarandea un poco, luego lo suelta a instancias del Fornicario II.) ¿Qué le parece mi historia, Padre?

Fornicario II: Déjalo en paz, no vas ahora a cobrarte con él las cosas que te hizo otro.

Fornicario I : Es que, como la noche en que maté a mi esposa no me dio tiempo de matar al cura, y como no había estado de frente con ninguno hasta ahora... (Lo suelta).

Fornicario II: ¿Y qué tiene que ver éste con aquél?

Fornicario I : (Mirando al Padre otra vez.) Supongo que nada. Aunque me parece que todos son iguales. Si no puedo encontrar al que fue, quizás matando a éste logre desquitarme.

Fornicario II: Sería una soberana estupidez. Anda, déjalo ya.

Fornicario I : (Va donde el Padre, le pone el revólver en la cabeza y sonríe, el Padre cierra los ojos y se encomienda. Reflexionando un poco.) Por ahora lo dejaré tranquilo. Pero me sentiría mejor si no tuviera ese condenado parecido con aquel hombre.

Reverendo : (Conciliatorio.) Mire Adán, si es verdad que se llama así...

Fornicario I : Ese es mi puñetero nombre. No me explico por qué le tiene que extrañar tanto.

Reverendo : Ya hemos convenido dormir aquí. ¿Por qué no nos acostamos entonces? Mañana será otro día. No me iré porque estoy convencido de que el Señor nos ha traído aquí con un propósito.

Fornicario I : No se irá porque simplemente yo se lo impido. Y si logra escaparse cuando yo esté durmiendo, lo voy a buscar en todas las congregaciones, y cuando lo encuentre, allí mismo, delante de todo el que esté, le voy a preguntar que a cómo vende la heroína.

Reverendo : Está bien. Tomémoslo así: usted me lo impide. ¿Pero, qué de nuevo puedo decirle? No le menté sobre esa bolsa de lo que sea. Míreme bien y convéngase.

Fornicario I : Ya lo creo que mirándolo me convenceré de lo idiota que parece. Todos los reverendos tienen una pinta de idiota con esos gabanes y esas combinaciones de matorral. Y las mujeres, peor. Con esas patas peludas y esos cabellos tan largos que dan la sensación de que apestan.

Reverendo : La Biblia dice que a la mujer le es honroso dejarse crecer el pelo y al hombre recortárselo.

Fornicario II: Pero no especificó qué pelo.

Reverendo : El de la cabeza, por supuesto.

Fornicario II: Esa es la interpretación que usted le da. Usted no sabe la cantidad de arbitrariedades que se cometían en aquella iglesia a la cual yo iba cuando era niña. Todo a costa de las mojigaterías de los ministros.

Reverendo : De todo hay en la viña del Señor. Usted tiene razón, hay malos ministros y farsantes de todo tipo.

- Fornicario I : Como usted.
- Reverendo : No señor, le aseguro que yo no pertenezco a ese grupo. (Mirando al Fornicario II.) Pero no dudo de que mucha gente se comporte así después de haber estado en el evangelio.
- Fornicario II: Si se refiere a mí, hago lo que me da la gana en la vida.
- Reverendo : Ya veo. Sin embargo, usted no da la impresión de ser una...
- Fornicario II: ¿Cuatro letras, Reverendo? Antes de que se embarulle tengo que decirle que no lo soy. (Señala al Fornicario I.) Ando con éste sólo por divertirme. De día soy toda una profesional, tengo mi empleo y mi propio auto. Pago mi apartamento y no le debo a nadie.
- Reverendo : Y con eso cree que se gana el reino de los cielos.
- Fornicario II: El reino de los cielos no me interesa, quiero gozarme el de aquí. Es todo lo que se puede necesitar para llevar una vida normal. Este caballero que usted ve ahí, es tan sólo un objeto de uso personal. Y él lo sabe. (Sonríe con picardía.) Y usted sabe también para qué es.
- Fornicario I : Es mejor que no le dé por el tema de la educación, Reverendo, porque enseguida le quiere explicar lo que sabe sobre los jardines "flotantes" de Babilonia y termina con la ópera de no lo mires que se mea. Total, que cuando va a decir mano izquierda o mano derecha, primero se las mira a ver cuál es cual. (El Fornicario II hace caso omiso.) Y en los deportes habla del relevo con pértiga en vez de decir con el bastón.
- Fornicario II : ¿Y tú? Estas condenado para siempre: con suerte lograrás abrir una lata de espaguetis cuando estés solo, pero cuando estés acompañado cogerás cuernos toda tu vida.
- Reverendo : ¿Nunca ha pensado volver al evangelio?
- Fornicario II: ¡Huy, fuchi! ¿A quién se le ocurre? Sería como tratar de vivir como la gente de Jerusalén en los tiempos de Cristo. ¿Esa gente con mantos y cosas encima, como uno los ve en las películas del desierto? Los tiempos han cambiado mucho. Estamos en la época de los transbordadores espaciales que explotan en el aire. Todo bien moderno.
- Reverendo : Pero nuestro Señor Jesucristo prometió volver.
- Fornicario II: Espérela usted.
- Fornicario I : Hale una silla y se sienta cómodamente para que no se canse. (Pausa.) Lo que es ésta, ya está demasiado perdida para convencerla.
- Reverendo : Así es que son buenas, para que el poder de Dios se glorifique aún más.
- Fornicario II: Pierde su tiempo. Y es mejor que deje el intento porque ya me estoy molestando. Ustedes los ministros ven tantos pecados donde quiera que lo que logran es infundirle miedo a la gente ante la vida. (Al Fornicario II.) Ya sabes, si vas a orinar, más de tres sacudidas, es pecado. Me salvé de la iglesia porque cuando uno viene a ver si sigue sus consejos, inutiliza su existencia.
- Reverendo : Si en esta noche usted muere, su sangre caerá sobre mí si no le predico el evangelio sabiendo que lo necesita.
- Fornicario II: Problema suyo. Peor para usted. (Alarmada.) ¿Quién dijo que me iba a morir esta noche? Mire Reverendo, hasta ahora el más irrespetuoso de los dos es éste (señala al Fornicario I.) ¿Por qué no le predica a él?
- Fornicario I : Conmigo no porque yo le meto una bala en la boca para que se calle enseguida.
- Reverendo : El señor tenga piedad de los dos.

- Fornicario I : Déjese de zanganerías. ¿Realmente cree usted en lo que dice? ¿En los ángeles y en la Corte Celestial y en que Cristo viene pronto y ese montón de pendejadas que se inventan ustedes?
- Reverendo : Sí señor, todo eso es bíblico y creo en esas... cosas.
- Fornicario II: (Riéndose explosivamente.) ¡Iba a decir pendejadas!
(Pausa, se ríe.) ¡Lo iba a decir!
- Fornicario I : Yo creo que aquí, quien lo va a convencer, somos nosotros a usted.
- Reverendo : Jamás ocurrirá un disparate así.
- Fornicario I : ¿Qué le parece si ponemos a prueba su caridad?
- Reverendo : Adelante.
- Fornicario I : Nos está retando.
- Fornicario II: Pues aceptemos el reto.
- Fornicario I : Perfecto. Venga acá Padre. Venga al centro de la habitación. (Espera a que el Padre se acerque.) No le puedo decir que no se asuste. En efecto, debe asustarse.
- Padre : ¿Qué desea usted de mí? ¿Por qué no me deja tranquilo?
- Fornicario I : (Como si le hablara cordialmente a un amigo). Debe asustarse Padre, porque ahora, hoy mismo, en esta noche, usted va a morir. (Le coloca la punta del revólver sobre la sien.)
- Reverendo : ¡Un momento!
- Fornicario II: ¿No aceptó el reto? ¿Se va a rajarse nada más que comenzando?
- Reverendo : No pensé que fueran a jugar con la vida de este hombre.
- Fornicario I : Tranquilo. Si se atreve a hacer algo, el Padre se muere más rápido todavía. De todas formas, ustedes crearon esta situación. Cuando le pedimos que se fueran, se quedaron.
- Fornicario II: Tan fácil que hubiera resultado irse a tiempo.
- Reverendo : Tenga misericordia señora, no deje que este hombre le haga nada.
- Fornicario II: Pídaselo a Dios, tal vez él se lo conceda. ¿No le parece ésta, una buena solución? ¿O me va a decir ahora que no tiene fe? (Pausa, con ironía.) En el libro del Apocalipsis, Capítulo 6, versículo 4, dice: "A todo puerco, le llega su Nochebuena".
- Fornicario I : (Continúa por donde lo dejó.) Pues como le decía, Padre, usted va a morir en estos momentos. Le doy unos minutos para que haga sus oraciones mentalmente si es que de verdad cree en eso.
- Padre : (Temblando casi incontrolablemente.) Mire, señor, yo a usted no lo conozco. Yo no le he hecho ningún daño.
- Fornicario I : No estemos tan seguros de eso. Todavía no me convengo de esa cara suya. Ahora recuerdo que el Reverendo le hizo una pregunta sobre el lugar donde usted ejerció sus primeros años de sacerdocio.
- Padre : ¿Y qué tiene que ver?
- Fornicario I : Usted no respondió y le cortó las palabras.
- Padre : (Está a punto de llorar, tiembla sin control al sentir el revólver rozando la cabeza.) No creerá usted que yo tengo que ver algo con su vida...

- Fornicario I : Dígame una cosa Padre, ¿por casualidad ese lugar no se llamaba Bram del Mar?
- Padre : No me acuerdo ya del sitio, hace diecisiete años que...
- Fornicario I : ¡Diecisiete años!
- Padre : Sería mucha casualidad.
- Fornicario I : Eso digo yo, sería, y es, mucha casualidad. Las casualidades son reales pero siempre que ocurren uno las cree estupidas.
- Padre : Usted me confunde.
- Fornicario I : ¿Qué se siente cuando se tiene un cañón de revólver puesto sobre la cabeza?
- Padre : Tenga piedad, yo no lo conozco a usted, no puede hacerme esto.
- Fornicario I : (Gritando. El Padre da un brinco de espanto.) ¡Conteste!
- Padre : ¿Qué quiere que le diga?
- Fornicario I : Dígame si lo siente frío o caliente?
- Padre : Muy frío, señor.
- Fornicario I : Cuando le dispare estará caliente. Pero usted ya no lo sentirá.
- Padre : (Suplicante, las lágrimas se le salen, llora. Va arrodillándose lentamente con las manos juntas.) Mire señor, yo no quise hacerle daño, fue una tentación del Diablo. Su esposa me provocaba constantemente. Aparecía en todos los lugares como una sombra. Ella fue quien entró primero a mi habitación. Fue una noche, usted se había ido para una jugada de gallos, o algo así. Compréndalo, soy un ser humano.
- Fornicario I : Así está mejor, ¿qué le dije?, que sin duda iba a morir en esta noche. Y es cierto. Mírelo Reverendo, por fin lo encontré. Todos son unos puercos y unos cobardes. ¿Así que cree en Dios pero no cree en el juego diario de la vida que lo trajo delante de mí?
- Padre : Señor, pido perdón.
- Fornicario I : ¿Perdón? ¿Cree que es suficiente? ¿Y mis doce años de prisión?
- Reverendo : La decisión de matar a su esposa fue de usted.
- Fornicario I : Sí. Y ahora mataré también a este galán de sotana rota con los alambres de púas.
- Padre : (Su rostro compungido se distorsiona cada vez más, retrocediendo a buscar aire en medio de un ahogo desesperado. De rodillas, todavía, va cayendo más lentamente, apretándose el pecho del dolor. Perdóname, Señor...
- Fornicario II: ¿Qué demonios le pasa?
- Reverendo : Parece un ataque. (Trata de auxiliarlo.)
- Fornicario I : ¡Quieto! Manténgase a distancia. (Súbitamente el Padre cae estrellando sus mejillas contra el suelo. Con los ojos abiertos, queda inerte.)
- Reverendo : Ahora sí. (Va lentamente hacia él.) ¡Jehová de los Ejércitos, este hombre está muerto!
- Fornicario II: (Da un salto.) ¿Muerto? (Al Fornicario I.) ¡Mira lo que has hecho!
- Fornicario I : (Asombrado y aletargado. Mira al Padre y mira el revólver.) Se murió del susto. (Pausa, baja el arma.) Perfecto, me parece bien, no lo tuve que matar. Quiere decir que me desquité sin tener que ir a la cárcel. ¡Se murió por su cuenta! ¡Solo! ¡Por fin lo veo muerto!
- Fornicario II: ¿En eso es lo único que piensas?

- Fornicario I : ¡Claro!, fue en lo que pensé todos estos años. ¡Y ahora lo veo con mis ojos que la tierra se comerá! Por fin estaré tranquilo.
- Fornicario II: (Coge su cartera.) Yo me voy ahora mismo de este maldito cuarto. Que el Reverendo duerma si puede. Si te quieres quedar, mejor. (Se dirige a la puerta seguida por el Fornicario I.)
- Fornicario I : (Ya en la puerta, le tira el revólver al Reverendo. Le devuelvo esto. (Acariciando el bolsillo, pero esto me lo llevo. (Sonríe, abre la puerta y sale tras el Fornicario II.)
- Reverendo : (Pausa. Silencio largo. Va a la puerta y la asegura con muchísimo cuidado. Regresa a donde está el Padre.) Lo mira unos instantes. (Se inclina lentamente y lo mira con mucha más atención, luego va al lavabo, llena el vaso de agua y lo vierte sobre la cabeza del padre.) Levántese, Padre, ya se fueron.
- Padre : (Se levanta sacudiéndose la sotana.) ¡Santo Dios, de veras me vi muerto! (Pausa, se ve aturdido.)
- Reverendo : (Lo observa con curiosidad.) Después de todo, con esa cara que puso, se muere usted de lo más gracioso. (Se miran un momento, todavía están asustados. De pronto, se ríen a carcajadas y se dan la mano.) Padre, de veras el Señor lo ha perdonado. (La acción se hace muy lenta.)
- Padre : Eso creo. (Hay un largo silencio.) Pienso que en vez de morirme, hoy he nacido otra vez. (Permanece petrificado.)
- Reverendo : Alabado sea el Señor, Padre. (Sigue mirándolo con detenimiento). Ahora, acuéstese. No vaya a ser que a esos dos les dé con regresar y nos cojan con otro tema. La noche ha sido doblemente densa. (Tiene un largo bostezo, se afloja la corbata y camina lentamente hacia la cama. Los dos siguen hablando con largos tropiezos de silencio.)
- Padre : ¿Se da cuenta? ¡He conservado mi vida y también he expiado mi culpa! (Observa el vaso todavía en la mano del Reverendo.)
- Reverendo : También recobramos el cuarto.
- Padre : Pero perdió esa bolsa con lo que llevaba.
- Reverendo : Mejor, salí de eso. Representaba dinero, y el dinero que no es fruto del trabajo es una desgracia para el dueño.
- Padre : Y el revólver. (Pausa.) Usted le creyó lo que dijo del sida.
- Reverendo : (Se sienta en la cama y se quita los zapatos.) No. ¿Podremos dormir ahora?
- Padre : (Se ríe nerviosamente.) Sí, Reverendo. (Se toca los brazos y el rostro.) Me siento nuevo, estoy vivo. (Pausa y transición.) Ahora que ha cesado un poco la turbulencia de esta noche, quisiera hacerle algunas preguntas.
- Reverendo : Le digo que es mejor acostarse. Si esos dos andan por ahí y no me ven salir a pedir ayuda, es seguro que regresan, y si oyen nuestra conversación . . .
- Padre : Es algo que dijo esa mujer sobre la bandeja con que usted sirve al Señor.
- Reverendo : ¿Sí, qué dijo?
- Padre : Ella dudaba de que estuviera completamente limpia...
- Reverendo : ¡Oh, vamos! Usted no tiene final, cuando ya lo creo rendido, reengacha con otra cosa y sigue y sigue. ¡Es desesperante! Por favor, que no se hable más.
- Padre : (Levantando la voz lo señala con un dedo.) ¿Qué si está limpia la bandeja con la cual usted sirve al Señor? ¡Conteste!

- Reverendo : De toda esta situación me queda un sabor muy amargo.
- Padre : Ya lo creo que sí. (Hay un silencio largo.)
- Reverendo : Pero no es por cualquier cosa que usted se pueda imaginar, de que se salvó de la muerte y todas esas cosas. (Pausa, silencio.) Me refiero a que no logramos proyectar un ejemplo para sacar a esos dos de su mundo. De esa manera, nada hacemos.
- Padre : No era el momento, Reverendo. No se aflija por eso. Los dos están locos de remate. Sé que va a cambiarme la conversación o simplemente se callará, pero le recuerdo que no me contestó la pregunta.
- Reverendo : Siempre, y a toda hora, es el momento. (Se acuesta, apaga su lamparita y el escenario se ensombrece un poco. Arrebujado en la cama murmura.) Algo anda mal, tal vez con eso logro contestarle. La gracia del Señor esté con usted, Padre. Buenas noches. No diré nada más.
- Padre : Buenas noches, Reverendo. (Pausa larga.) Dios le guarde. (Queda prácticamente solo en el cuarto. Se pasea un poco como si tratara de cobrar la serenidad mediante el paseo. Mira a todos lados con la vista perdida deseando recobrar plenamente la noción del mundo. Va hacia una de las sillas y se quita los zapatos. Luego los tira uno a uno por la habitación, despreocupadamente, sin percatarse de que hace ruido.) Tendré que hacer mis oraciones en la oscuridad. ¿Puedo cantar, Reverendo? (Como no recibe respuesta va a la otra cama y mira.) ¡Jum!, cuando el Reverendo dice que va a dormir, en realidad duerme. (Regresa a su cama, comienza a cantar, se desabrocha y se quita la sotana). "En la arena, he dejado mi barca, junto a El buscaré otro mar". (Se acuesta, se palpa el vientre.) "Señor, me has mirado a los ojos". (Las luces del escenario van bajando poco a poco, al final queda la lamparita por unos segundos.) "Sonriendo, has dicho mi nombre..." (Exhala todavía un último bostezo y apaga la lamparita.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

26 de julio de 1987
7 de agosto de 1987
Aguirre-Salinas, PR

INSTITUTO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS